

aman tierra, aman carne y aman á Dios, pero las dos primeras cosas principalmente, y á Dios por el interés, y es propio de demonios. «Verdaderamente (dice Hugo), mayor injuria haces á la caridad y amor de Dios si recibes sus dones y no le das amor en agradecimiento por ellos, que si no los recibieses». Por tanto, ó no los recibas (si puedes pasarte sin ellos), ó, si los recibes, procura pagarlos con amor. Ama á Dios y ámate á ti, y ama los dones de Dios por Dios. Ámale á Él para gozarle, y ámate á ti para que seas amado de Él. Y por que concluyamos con esta consideración, oye lo que dice el devotísimo Bernardo: «El alma que ama las cosas temporales, sucia está é indigna es del amor de su Dios, que con amor se las da».



CONSIDERACIÓN CUARTA

DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

SI los beneficios son incentivos y motivos para amar al bienhechor, no se podrá llamar éste haz de leña, sino monte espesísimo y espaciósimo, por ser tantos. Ni había de quedar cosa en el hombre que no arda en amor de aquel gran Señor de quien todo lo ha recibido, no con otro fin de que en ellos y por ellos le amen. Testigo es Séneca, que los perros aman á quien les hace bien; y los gatos, como nota Santo Tomás, abrazan y hacen caricias á su bienhechor; y la oveja, con sola la facultad estimativa, huye del lobo y sigue á su pastor; pues ¿cómo el alma ha de ser ingrata á tan liberalísimo bienhechor como es Dios? Si por un pequeño beneficio naturalmente amamos á cualquiera hombrecillo de quien le recibimos, ¿cuánto debemos amar á aquel Señor que no una vez, sino muchas, nos ha obligado y obliga cada día con beneficios no pequeños, sino de gran valor y precio? Verdaderamente deja atónita y como ahogada el alma

esta consideración. Porque ¿quién contará solos los beneficios de naturaleza? ¿Quién los de gracia? ¿Quién los de gloria, que ni ojo los vió, ni oído los oyó, ni en corazón de hombre jamás pudieron haber? ¡Oh, Dios mío, y cómo no sólo sois digno de que yo os ame por Vos mismo, porque sois quien sois, sino porque con mercedes tan sin número me tenéis obligado á vuestro amor!

Oye, alma mía, lo que el profeta Micheas dice de parte de Dios (1): «¿Qué piensas que pide tu Señor y tu Dios por lo que por ti ha hecho? Por cierto, no más de que le ames». Todo cuanto ha obrado y padecido lo ha ordenado á despertar en nosotros su amor; de manera que todos sus beneficios son como despertadores del amor que debemos á Dios. Santo Tomás dice (2): «Un contrario contingente pelea con otro contingente contrario y le altera, y, si prevalece en su acción, le asimila á sí». Esto se ve en el fuego, que, peleando con la tierra, con su calor expele la frialdad de ella, y de fría la hace caliente, y, continuándose en esta acción, al fin se calienta en sumo y de tierra se vuelve fuego, y de una otra. Así, Dios, amando á quien no le ama, y amándole ardientemente como fuego, porque Dios es fuego que consume, estando el hombre frío y sin amor como la tierra,

(1) Mich., 6.

(2) Santo Tomás: *Tractatus de amore*.

allégase Dios más y más á él y, tocándole con beneficios, le dispone para introducir en él su forma, esto es, su amistad. Primero lo calienta, mueve y altera, según aquello del salmo, que dice: *Toca los montes y humearán*. Finalmente, obrando con frecuencia y perseverancia, porque jamás deja de beneficiar esta animada tierra con preciosísimos dones, la enciende y vuelve en fuego, conforme á lo que Él mismo dice por Sofonías (1): *En el fuego de mi celo, ó de mi amor, será tragada toda la tierra, y la haré semejante á Mí*. De esta materia de beneficios, en general y en particular, trata copiosa y elegantemente el Padre Fray Luis de Granada en su libro del *Amor de Dios*. Allí podrá el lector ver la muchedumbre de beneficios que Dios ha hecho y hace á los hombres; que yo sólo quiero sacar de raíz y de fundamento la obligación que á mí y á todos nos corre por ellos. Para cuya mayor inteligencia se han de pesar tres cosas: el dante, el que recibe, y las dádivas.

1. Digamos primero del dante, que es Dios, y pensemos en Él de dos maneras de dones: uno visible y manifiesto, que es este mundo con todo lo que hay en él, que todo es mío y á mi servicio diputado; otro invisible y secreto, que es el amor del dante. Este es el primero y principal don y fundamento de los demás que vemos y

(1) In igne zeli mei devorabitur omnis terra.—Sofonías, c. 2.

conocemos, los cuales (como en otra parte dijimos) tienen más razón de indicios y señales de este don secreto que de dones; porque en virtud de este primero se nos dieron y dan los demás, y de la grandeza de aquéllos se saca la del amor. Y porque Dios crió todo este mundo, y cuanto hay en él, y lo que hizo lo hizo por el hombre, síguese que lo primero y principalmente amado en el mundo fué el hombre, y que todas las demás cosas amó por el hombre y en ninguna ama sino al hombre, por haberlas todas ordenado al hombre. ¡Oh amor purísimo, sincerísimo, verdaderísimo, segurísimo, graciosísimo y liberalísimo el que Dios tiene al hombre, y al cual ningún merecimiento precedió en el hombre ni cosa que obligase ó incitase á Dios para que le hiciese tanto bien! Más obligado queda el hombre á Dios por este beneficio de haberle dado con tanta liberalidad y tan de gracia su amor, que por todos los demás beneficios; porque más vale su amor que todas las criaturas del mundo. Sí, que tanto tiene de excelencia el amor cuanto es excelente el que ama. Pues ¿qué cosa más excelente que Dios? ¿Qué cosa más poderosa? ¿Qué cosa mejor ó más noble? Luego todos los beneficios vence la grandeza de este beneficio.

2. Consideremos en el segundo lugar el *que recibe*, que es el hombre, y veremos clarísimamente la grande obligación que de aquí nace de amar á tan magnífico Bienhechor. Y para

que esto se entienda y esta razón apriete, y haga fuerza al corazón humano, mírese la necesidad inevitable que tiene el hombre de todo lo que recibe de Dios. Por cierto que no está en mi mano el no recibir las mercedes que Dios me hace, como lo está en la suya el no hacérmelas; porque en Dios hay pura y libre voluntad, y en mí forzosa necesidad; tanto que, si no recibo de Dios, es imposible sustentarme un punto en el ser que tengo. Decid que no queréis aire, ni tierra, ni fuego, ni sol, etc., porque sin estas cosas podéis pasar. No es posible, porque nuestra necesidad es inevitable y continua por todos los instantes de la vida, y esa misma continuación tiene la voluntad de Dios en hacernos mercedes y beneficios. ¡Oh Dios mío, amigo verdadero de los hombres, que con tan grande perseverancia socorréis mi necesidad tan irremediable, y no por otro que Vos! ¿Cómo no amo de continuo á Aquel que continuamente acude al remedio de necesidad tan continua?

3. Lo bueno es que con ninguna cosa puede el hombre pagar ni satisfacer á tanta deuda sino con amor, porque nada tiene que sea suyo sino el amor. En la mano está la prueba de esta verdad. Todo lo que por fuerza y violencia se le puede quitar al hombre, propia y verdaderamente no es suyo; y así, si lo diese todo junto á Dios, no le pagaría la más mínima parte de lo que le debe; porque le da lo que es ajeno. Sien-

do esto así, bien se sigue que ninguna cosa fuera del hombre es propia del hombre, ni el cuerpo ni los miembros de él, ni la vida corporal; porque, no queriendo él, pueden quitarle todo esto; ni aun toda el ánima, porque en parte está atada con los órganos del cuerpo, que tampoco está en nuestra potestad. Pues ¿qué se puede llamar propiamente *mío*? El amor que procede de la voluntad, que es reina y señora, y libre en el hombre, y que por ninguna vía puede padecer violencia. Por lo cual el amor es don libre y precioso, y el que sólo pretende Dios de nosotros por todos los beneficios y mercedes que nos ha hecho, y por su tan liberal y gracioso amor con que nos ama y hace bien. Y ten, para guardar el respeto de Dios, el orden que guardó Dios respecto del hombre: lo primero que se le ha de dar es el amor, que eso fué lo primero que dió Dios al hombre, y donde se fundaron los demás beneficios que le hizo. Verdaderamente es preciosísimo el amor; porque él de suyo, sin otra dádiva alguna, es amable, aceptable, suave y dulce, y todo lo demás, sin él, ni se acepta, ni se ama, ni es de codiciar. «Mucho recibiste (dice Hugo), y de tu cosecha nada tuviste, ni por todo tienes con qué pagar sino con amar, porque todo lo que recibiste te lo dieron por amor. Y San Bernardo, dice: *El amor por sí sólo basta, por sí sólo agrada: él es el mérito y el premio de sí mismo.* Concluyo con esta consideración sólo con decir que todos los beneficios

hechos á todas las criaturas en general y en particular son beneficios hechos al hombre, por el cual fueron ellas todas criadas, y á su cuenta está el agradecimiento de todos, y á ninguno de tantos satisface sin amor.





CONSIDERACIÓN QUINTA

DEL PARENTESCO QUE TENEMOS CON DIOS

No quiso nuestro gran Señor que tuviese el hombre alguna excusa verdadera ó aparente para dejar de amarle, y así buscó todas las razones que se pueden hallar de amor para provocarle al suyo. Y aunque las ya dichas son eficacísimas y poderosísimas para aficionar y encender la voluntad en el divino amor, este decir de uno *es mi pariente* y *mi deudo* tiene gran fuerza y obliga á mucho en la criatura racional. Subamos por el árbol de la consanguinidad y contemplemos el amor con que amamos á nuestros padres, porque nos engendraron cuanto al cuerpo; que el ánima de fuera viene como dijo el Filósofo. Atravesemos la línea principal, donde se hallan los hermanos. ¿Qué amor se puede comparar al que se tienen unos á otros, si son tales? Descendamos la línea derecha y pesemos el amor de los padres respecto de sus hijos, por los cua-

les se han puesto muchos muchas veces á perder las vidas, y lleguemos después al amor de marido y mujer, entre los cuales no hay grado de parentesco, porque son una carne. Es tan grande, que excede á todos los demás. Pues, ¡oh ánima mía!, mira, yo te ruego, la leña que por esta consideración se te administra, que cierto es bastante, no sólo para encenderte en el amor de tu Dios, sino también para abrasarte y hacerte un fuego con él. Si se ama el padre y la madre porque nos engendraron cuanto al cuerpo, Dios ¿no es más que padre y madre, pues te hizo, y te posee, y te crió? Y ¿qué tiene que ver lo que los padres carnales pusieron en mi generación, en comparación de lo que Dios puso? En lo que mis padres me dieron, no difiero de las bestias; en lo que me dió mi Dios, soy semejante á los ángeles y al mismo Dios. Y más: que en lo que es de mis padres, mayor parte tiene Dios que ellos; porque es causa universal de mayor influencia que ninguna otra particular. No quiero tocar aquí las razones que de paternidad se hallan en Dios, porque será nunca acabar; baste saber que nadie merece este nombre de padre sino Él. Así decía Cristo á sus discípulos (1): *No queráis llamar á ningún hombre Padre en la tierra; porque sólo un Padre tenéis que de verdad haga oficio de padre, y Ese está en los*

(1) Math., 23.

Cielos. Pues si quisiésemos ahondar en esta consideración de que es madre, no se hallarían palabras para declarar el amor que debajo de este título nos muestra. Ese es el encarecimiento que el mismo Dios hace de su amor, por Isaías, diciendo. «¿Olvidarse há, por ventura, la madre de su infante salido de sus entrañas? ¿Podrále faltar misericordia para él? Parece que es imposible; pues si ella se olvidare (dice Dios), yo no me tengo de olvidar; porque soy más madre que todas las madres».

Dejemos ya la paternidad, y pasemos á contemplar la fraternidad. ¿Qué consideración puede haber más dulce que ésta? Dios es mi hermano, y no por cierto como los que lo son según la carne, y sangre, y voluntad de varón; que éstos disminuyen el amor de los padres y las herencias, si son muchos: con nuestro hermano mayor nos ha sucedido muy de otra manera, que no sólo no se ha disminuído el amor de su Padre para con nosotros, antes por su respecto ha crecido y se ha aumentado, al menos cuanto á los efectos; porque después que el Unigénito de Dios se hizo nuestro hermano por la humanidad asunta, los favores que nos ha hecho han sido mayores que fueron los que hizo á los hombres antes de esta hermandad. Y, lo que es más de estimar, que no nos quitó ni disminuyó la herencia; antes, los que por nuestras culpas estábamos desheredados, fuimos por sus merecimientos admitidos de nuevo á la heredad del

Cielo y hechos con Él juntamente herederos. Bajemos ya la línea recta, y veremos bajar con gran ímpetu el amor de los padres á los hijos, despeñándose y sin poderse disimular. Lo cual se ve cada día en los animales, que carecen de razón, los cuales, con el amor de los hijuelos, se meten muchas veces por las lanzas de los cazadores, aventurando sus vidas por conservar las de ellos. Queriendo, pues, nuestro Dios ser amado con aquella ternura que de sus padres lo son los hijos, quiso ser Hijo nuestro, no sólo por la carne de que se vistió (que esa filiación á sólo la Virgen toca, que es su verdadera Madre y Él su verdadero Hijo), sino nuestro, de cada uno digo, que quisiere ser *su padre*. Él mismo lo dijo por San Lucas: *El que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ése es mi padre, y mi madre, y mi hermano, y mi hermana.* Si por hacer una doncella la voluntad de un hombre viene á ser madre, ¿por qué no haré yo la de Dios por ser padre y madre de Dios, especialmente no interviniendo corrupción, como en la doncella, que lo deja de ser en siendo madre, sino integridad y pureza? Si la madre, concibiendo su hijuelo sucia y asquerosamente, y trayéndole en su vientre nueve meses tan á costa de su salud, y pariéndole al cabo de ellos, no sin dolores y peligro de muerte, y criándole con solicitud y trabajo, y saliéndole muchas veces ingrato y desobediente, con tanta ternura le ama, ¿por qué no amaré yo y abrazaré como madre á mi Jesús,

que por obra del Espíritu Santo, limpiísimamente le concibo en el vientre de mi alma, que es la memoria, y con suavidad y deleite le traigo en ella y le vengo á parir con seguro de la vida, y con tanta facilidad le sustento y crío, y es báculo de mi vejez, ojo de mi ceguedad, y que hasta la hora de la muerte me ha de guardar la fe de hijo, ayudándome en tan riguroso trance? Abraza, alma mía, este pequeñuelo hijo tuyo, nacido para tu bien y todo para ti, como dijo Isaías, y pon en sólo Él tu amor como verdadera madre. Y si no te parece que basta este título de Hijo para inflamar tu afecto en el amor suyo, pasa á considerar el vínculo más estrecho que se halla y el parentesco más cercano, que es ser tu marido y desposado, y así no dudarás por el amor suyo dejar el padre, y la madre, y todo lo que hay en el mundo por juntarte á Él. *Gran Sacramento*, dijo el Apóstol (1), *es éste*, hablando del matrimonio; mas porque esta grandeza no la tiene de suyo, sino por lo que representa, añadió luego: «*Digo esto en Cristo y la Iglesia*; esto es, por la significación; porque, si bien miramos en ello, representa tres matrimonios admirables. El primero, entre el Verbo y nuestra humanidad. El segundo, entre Dios humanado y la Iglesia. El tercero, entre Dios y el alma. Pues si el sacramento del matrimonio es grande

(1) Ephes., 5.

por la representación de estos tres matrimonios, ¿qué tan grandes serán los mismos matrimonios? Dejemos el primero y el segundo, y tratemos el tercero, tantas veces celebrado entre Dios y las almas.

Y por principio digo, que en toda la divina Escritura no hay cosa más repetida ni sabida que el amor que Dios tiene al hombre, y la gana que muestra de juntarle á Sí, por fe y caridad. El cual ayuntamiento y amorosa unión llamaron los Santos *matrimonio* y *bodas*, y al alma que quebranta la fe prometida llaman *adúltera*. En los legítimos matrimonios (como en otra parte dijimos) todas las cosas son comunes: hacienda, hijos, oraciones, trabajos, y, al fin, todo anda de comunidad. Lo mismo pasa en este matrimonio espiritual en que la vida, sangre, merecimientos, oraciones, trabajos y justicia de mi Cristo, y el mismo Cristo es mío y para mí; y mis enfermedades, miserias, flaqueza y dolores son para Él. De esto tuvo significación aquel truco de la costilla del hombre por la carne de la mujer. «Quitáronle (dice la Escritura) á Adán la costilla fuerte y diéronse la á Eva, y pusieron en su lugar carne». Tomó el desposado lo flaco de su esposa para poder padecer y morir por ella, y dióle lo fuerte que él tenía, que es su espíritu, para que también pueda ella hacer por él otro tanto. De aquí es que el esposo va temblando á la muerte, y de sola la aprensión de ella suda gotas de sangre, y la desposada va á los

tormentos como á bodas, haciendo burla y do-naire de ellos.

Muchas cargas hay en el matrimonio carnal, y no faltan en este espiritual: en aquél ponen á la mujer la estola ó velo por la cabeza, y al varón por los hombros; argumento y reseña de que la mujer, con obedecer y estar sujeta, cumple, y de que el marido ha de llevar el peso y la carga y ha de poner hombros á los trabajos. El profeta Oseas declaró admirablemente el cuidado del Esposo celestial en acudir á las necesidades de su esposa por estas palabras (1): «Yo te desposaré conmigo por fe y caridad; y para que sepas quién es tu desposado, en viéndote con necesidad pide confiadamente, que la Tierra dará voces á los Cielos: *Cielos, dadme agua*, que la pide la esposa de mi Criador; los Cielos pedirán nubes, las nubes agua; y entonces Yo daré nubes al Cielo, y el Cielo agua á la Tierra, y la Tierra pan, vino y aceite y los demás frutos que mi esposa hubiere menester». ¿No veis qué bien hace Dios el oficio de marido, y cómo provee tan cumplidamente á su esposa? Mas ¡ay!, que si el marido está sujeto y obligado á las peticiones de su mujer, ella está obligada á no alzar los ojos ni volver la cara sino á su marido. Delgadamente notó un sabio de nuestros tiempos esta reciprocidad de amor en el modo de hablar que

(1) Oseas, 2.

guarda la Escritura acerca de las mujeres casadas, las cuales tienen por sobrenombre suyo el nombre del marido. «María de Salomé, María de Jacob». También los Santos se llamaron antiguamente de Dios: *Hombre de Dios, Varón de Dios*. La razón de esto es, porque la mujer es hacienda del marido, y el alma es hacienda y pegujal de Dios. Y no le falta su retorno á este amor; porque si los justos se llaman hombres de Dios, Dios se llama *Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios de los antiguos Padres y de todos los justos*. De manera que el sobrenombre de Dios es el nombre de los justos, como el de la mujer era el nombre del marido. Y es el misterio, que Dios es hacienda de los justos; y como vos hacéis de vuestra hacienda y mujer lo que queréis, así el justo hace de Dios lo que quiere. Lo cual todo se obra por virtud de este espiritual matrimonio, que hace comunes todas las cosas entre Dios y el alma su esposa.

No quiero tratar aquí de los celos que suele haber entre los casados, los cuales en Dios son tan subidos, que ni una palabra ociosa habéis de hablar sin su licencia; y, si la hablarais, tiene jurado que le habéis de dar cuenta de ella en su juicio. De aquí nace el mal tratamiento que hace á sus amigos, por que no se los codicie nadie, que es la razón que da la esposa de estar morena y desaliñada. «No me queráis considerar, dice ella, que estoy quemada porque tengo marido celoso, que aun lavarme la cara no me

deja, ni ponerme cosa con que agrade á otro fuera de Él». Ni quiero tratar de los males de ausencia; que quien no sabe de ellos, no sabe de mal, que aun allá dijo el otro poeta:

Menos mal muerte que ausencia,
Menos si hay perfecto amor:
Sólo es dichoso amador
El que siempre está en presencia.

Dicen que es dolor intolerable el que sienten dos bien casados cuando entra de por medio división y ausencia. Y vese claro por una ley que tenía Dios hecha en su pueblo, por la cual mandaba que el primer año del matrimonio no llevasen á la guerra á ningún casado. De donde tomó la Escritura comparar el sentimiento que es bien que haga un alma por haber pecado y apartádose de su Esposo, con el que hace y tiene la recién casada que ha perdido su marido. «Llora, dice, como virgen vestida de saco y de cilicio, sobre su nuevo desposado y marido, que no recibe consuelo si le pierde ó se le ausenta. ¡Oh, qué dolor tan grande es verse un alma apartada de su Dios la primera vez después de haberse desposado con Él por fe y caridad! El Cielo quiere tomar con las manos, y con razón por cierto; porque, quien á Dios pierde, todo lo que puede ser de contento y de bien pierde. Y porque, de materia de celos y de ausencias, copiosamente hemos dicho en los capítulos pasados, dejando

otras muchas consideraciones en lo que toca al matrimonio espiritual, que provocan á amor, á la discreción del sabio lector, me paso á la sexta consideración, donde espero el fruto que pretendo, que es la inflamación del corazón en el amor de aquel Señor que nos es tan semejante, que jamás hace ausencia y cuya amistad es tan provechosa.

